

Cuento

 dramaturgia • poesía

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles



El zorro rojo

©José Tinoco Cote

¡Si tuviera algo que comer en un día tan hermoso!

Knut Hamsun, *Hambre*

Sedna se encuentra a menos de un año luz de distancia, en la nube de Oort, lo que le tomará a mi padre todavía —si no se le interpone un cinturón de asteroides, un hoyo negro o alguna sirena espacial por el camino—, un año más a una velocidad aproximada de setecientos mil kilómetros por hora, lo suficiente para saber que si pasara al frente en estos momentos, solo sentiría una gran ráfaga de viento que levantaría las casas por los aires como un huracán, pero no vería ni la mancha de la nave espacial que los transporta, la famosa Betha Yucali. Serán los primeros humanos en llegar a Sedna. Van a montar una estación que será la última frontera antes de emprender viajes hacia otras estrellas.

El último día que nos vimos en carne y hueso, antes de que iniciara las semanas finales de preparación en la estación espacial, fuimos al parque, como solíamos hacer después de que se separó de mi madre. Trataba de hacerme sonreír y parecer alegre, pero cada tanto, cuando el silencio se nos colaba, sentía en sus ojos la mortificación por tener que dejarme por un tiempo que parecía toda una vida. Pues para ser honesto, siete años son toda una eternidad. En el parque, varias familias estaban de pícnic, y me detuve un rato viendo a un chico que tenía dos donas de diferentes colores, una en cada mano. Me parecía conocido, así que me quedé hipnotizado mirándolo mientras se las comía. No lograba recordar dónde lo había visto y estaba tan ensimismado que no vi venir una pelota de beisbol que chocó con mi frente. Solo sentí el golpe y me encontré bocarriba en el suelo de un momento a otro. Una bandada de cuervos pasó en ese instante, y uno de ellos, como si hubiera sido entrenado para esto toda su vida, lanzó un proyectil de excremento que cayó en mi cara, muy cerca de mi boca. Todo esto en el lapso de unos veinte segundos. Pelota y cagarruta. ¿Qué probabilidades había de que esas dos cosas le ocurrieran a una persona en el transcurso de

su vida, o en un mismo año, en un mismo día, en una misma hora, en el mismo minuto? Vi entonces aparecer a mi padre enmarcado en el azul de ese día y me pareció, desde el suelo, gigantesco. Se rio y me dio la mano para levantarme, y yo también me hubiera reído, de no ser por el asco que sentía.

Hace varios días llegó un mensaje desde Betha Yucali. En él cuenta que recién han dejado la órbita de Neptuno, su última estación dentro del sistema solar. Me envió algunas imágenes tomadas desde la nave. En una de ellas aparecen grandes bloques de hielo flotantes que componen los anillos del planeta. Son muy blancos y contrastan con el fondo oscuro del espacio profundo; otra es de Tritón, la luna de Neptuno en la que hace algunos años estaba la base minera que extraía tolina en grandes cantidades y que fue prohibida por la Unión de Repúblicas cuando se comprobó que había causado gran parte de la contaminación de la atmósfera terrestre. También me contó que la comandante de cargo, Kukiko Minami, le había regalado un unicornio de origami en su cumpleaños. En el video se veía pequeño, pero muy bien definido, con un cuerno puntiagudo que le nacía de la cabeza. Había un diminuto corazón dibujado en una de sus patas. Me alegró que tuviera un regalo de cumpleaños. Me gustaría que existiera una empresa de envíos interplanetarios para darle algo también.

A medida que se aleja de la Tierra, hay una mayor diferencia entre el momento en el que graba sus mensajes y el tiempo en el que los escucho. En los primeros días la diferencia era de solo segundos y podíamos hablar como en una videollamada. Después se volvió de minutos, y tenía que esperar, al frente de mi pantalla, en silencio, hasta que llegaba su mensaje para contestarle y no se solaparan nuestras voces.

—Hola, vaquero, te ves grande. ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, nada sobresaliente, cuidándome del sol, cuidándome del aire, cuidándome de la lluvia...

Tres minutos más tarde:

—Caramba, ¿así está la cosa?, ¿están de nuevo en aislamiento?

—Sí, uno o dos meses mientras pasan las lluvias...

Tres minutos más tarde:

—No te preocupes, las cosas van a ir mejorando... Te cuento que estoy trabajando en un proyecto para la captura de tolina en la atmósfera de Sedna que puede ayudar en la Tierra. El proyecto lo dirige Kikuko Minami, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, la japonesa bonita, brillante y soltera, ¿cierto padre?...

A veces dejaban de llegar mensajes y me quedaba esperando, sabiendo que allí estaba, aunque no lo escuchara ni lo viera, como si hablara con un fantasma en una sesión de espiritismo:

—¡Padre, si estás ahí, dame una señal!

En ocasiones también se interrumpía la comunicación y quedaban nuestras conversaciones en punta, como cuentos de *Las mil y una noches*. Con el tiempo decidimos que lo mejor era enviarnos mensajes.

Hace unos días, al frente de mi casa, vi a un anciano escarbando en la basura. De por sí, ver un anciano en la calle es extraño. Le tomé una foto. Al verla y hacerle zum, noté que en una esquina de la imagen, en una de las ventanas de la casa del frente, estaba Emilia, la hija de la vecina, tomándole también una foto. Cuando levanté mi vista del aparato, encontré que el viejo estaba parado justo al frente de mi ventana mirándome. Su cara estaba manchada y sucia. Con una mano golpeó el vidrio con fuerza.

—¿Le parece muy bonito el sufrimiento de los demás?

Escupió hacia mí, pero el escupitajo se quedó enredado en sus labios y le escurrió por la barba. Pensé en cerrar la cortina, pero entonces el viejo se alejó y siguió su camino. Emilia permanecía en la ventana tomando fotos hacia mi casa. Levanté mi mano para saludarla. Me tomó una última foto y cerró la cortina sin devolverme el saludo. Subí a mi habitación para ver al anciano, pero no vi rastros de él. Los viejos no logran sobrevivir mucho en esta atmósfera y no parecen resistir bien el Vitamun, el complejo químico que nos suministra el gobierno para bajar la concentración de tolina en nuestro organismo. Es irónico, en todo caso, porque

todos algún día vamos a llegar a ese punto. Dudé en llamar a mi madre, porque era seguro que avisaría al Centro de Acomodación para Ancianos. Allí mandan a todos los que se rehúsan a quedarse en sus casas o que simplemente han sido abandonados o expulsados y no tienen a dónde ir.

Mi abuela, antes de morir, le había dicho a mi madre que prefería estar muerta antes de que la internaran en esas cárceles para viejos. “Mamá, sabes que nunca te voy a llevar allá”, le contestó mi madre molesta. Casi un mes después mi abuela murió en la noche, en su cama, al lado de mi cuarto. La vinieron a recoger tres hombres cubiertos en trajes de aislamiento y con máscaras. Alzaron el cuerpo en una camilla. Se movían despacio, como astronautas en la Luna. En el último escalón, la persona que iba adelante tropezó y perdió el equilibrio. La camilla dio media vuelta y la cabeza de mi abuela se salió de la bolsa en la que la habían envuelto, dando un golpe seco contra el suelo. Uno de sus ojos estaba abierto y parecía mirarme haciéndome un guiño, como solía hacer cuando me regalaba chocolates.

Ayer, mi madre no llegó a dormir. Lo supe porque me levanté a medianoche por una pesadilla en la que veía a mi padre en medio de un incendio en Betha Yucali. Yo trataba de abrir una puerta para que él pudiera salir, pero la manija no cedía. El humo lo iba asfixiando y todo alrededor empezaba a derretirse. Me desperté sudando y fui a su cuarto. La cama estaba vacía y sin destender. Muchas veces ha llegado después de que me duermo, pero nunca se había tardado tanto. Intenté llamarla y su teléfono aparecía fuera de servicio. Me senté en el sofá de la sala e intenté comunicarme una y otra vez, hasta que me quedé dormido. Cuando amaneció, me levanté y corrí hasta su cuarto. No estaba. La busqué en el baño y pensé que existía la posibilidad de que hubiera llegado y salido temprano. En el teléfono no contestaba. Prendí el computador y le grabé un mensaje a mi padre, pero finalmente decidí no enviarlo. Sabía que se tardaría casi tres días en llegar y otros más en recibir su mensaje de vuelta, así que hasta dentro de una semana tendría

alguna respuesta. Por otro lado, no quería preocuparlo y no me imagino qué podría hacer a millones de kilómetros de distancia. Busqué el teléfono de la agencia del gobierno donde trabaja mi madre.

—Anastasia Coleman, de la división de Aprovechamiento Social, trabaja en el proyecto de Granjas Automáticas en la Zona Oriental...

—No, lo siento, no la tenemos registrada, ¿está seguro de que esa es la división?... ¿Desea que lo comunique con otra dependencia?

Colgué. Traté de comunicarme varias veces con todas las dependencias que encontré. En ninguna sabían nada de ella ni creían conocerla.

Empezó a llover y se encendieron las alarmas de emergencia atmosférica, por lo que tuve que iniciar el sistema de bloqueo que sella la casa e impide la entrada de humedad del exterior cargada de partículas contaminadas. En todo caso, mi madre tenía el interruptor para acceder al interior. En la pantalla busqué noticias por si decían algo, pero no había nada inusual: medidas de contención, cosechas perdidas, grandes zonas abandonadas, migraciones, conteo de muertos. Cuando pasó la tormenta y el aire era seguro, desactivé el sistema. Era de noche y no se veía a nadie transitando por la avenida. Pensé en salir a la calle, cuando escuché que tocaban el timbre. Corrí hacia la puerta esperando encontrar a mi madre y abrí. Era una persona con un traje de aislamiento. Era claro que no era ella, pues se veía mucho más pequeña. No lograba escuchar bien qué quería, pero tampoco me animaba a dejarla pasar. Entonces se levantó la máscara y vi la cara de Emilia.

—¿Puedo entrar?

Se veía asustada. Me dijo que su madre no había venido a su casa hacía tres días. Tenía una cinta verde que le recogía el pelo en una moña.

—¿Te mojaste con la lluvia?

—No.

—Sigue... Deja el traje en la entrada, y quítate también los zapatos.

La llevé a la cocina y le preparé un té caliente con galletas de avena. Vi que comía rápidamente.

—¿Has comido en estos días?

—No mucho. No han traído provisiones hace más de un mes... Solo me queda algo de arroz y medio tarro de Vitamun.

—Mi madre tampoco ha venido desde ayer.

Acordamos con Emilia que se quedara en mi casa, un poco como si estuviéramos de campamento. Dejó una nota en la puerta de su casa y otra encima de su cama por si aparecía su madre, informándole que estaba en la casa de enfrente. También trajo una maleta llena de ropa. Lo hizo en la noche, cuidando que nadie la viera, por temor a que llamaran a la Guardia de Infancia y nos llevaran a los refugios para niños. Le pregunté si quería quedarse en el cuarto de Anastasia, pero prefirió quedarse en mi cuarto en una colchoneta. Recuerdo haber estado alguna vez en su casa; había jugado con ella y con un pequeño hámster gris que me había mordido un dedo. Calculamos que teníamos provisiones de comida para dos semanas y que debían llegar nuevas a alguna de las dos casas en estos días. Le dije que mi padre era uno de los tripulantes de Betha Yucali y le mostré varias de las fotos que me había enviado. En una de ellas aparecía Kukiko Minami flotando en la nave con el pelo suelto. Era muy negro y liso y se extendía en la fotografía como una colonia de algas. Sus ojos brillaban y parecían emitir su propia luz. Emilia se quedó viéndola un rato y después extendió su pelo con las manos diciendo:

—Soy Kukiko, la hechicera estelar.

Dejé de contar los días desde que desapareció mi madre. El tiempo ha pasado entre las lluvias, el internet, las alarmas, el racionamiento de comida, Emilia y los mensajes de mi padre. Decidimos comer solo dos veces al día para rendir las provisiones. Betha Yucali está aproximándose a la órbita de Plutón, desde donde trazarán un rumbo directo a Sedna. El experimento de captura de tolina va bien. Mi padre me mostró unas pequeñas piedritas de un nitrato de tolina que habían logrado precipitar. Al final del

mensaje se acercó Kukiko y me saludó. Dijo que mi padre le ha hablado mucho de mí y que espera conocerme cuando regresen a la Tierra. También envió una fotografía donde se veía nuestro planeta como un diminuto punto al lado del Sol. Pero los dos parecían flotar juntos en medio de un inmenso océano de oscuridad.

Esta mañana vi que una furgoneta se estacionó al frente de la casa de Emilia. Al principio, pensé que venían a dejar provisiones, pero noté que traían las siglas de la Guardia de Infancia en sus uniformes y me alejé de la ventana. Desperté a Emilia. Nos asomamos con sigilo desde la ventana del cuarto de mi madre descorriendo un poco la cortina por los lados. Se trataba de dos hombres y una mujer. Timbraron y golpearon en la puerta. Se quedaron esperando unos minutos. La mujer rodeó la casa mirando el interior desde las ventanas. En un momento se giró y miró hacia la ventana en la que estábamos con Emilia. Nos quitamos rápidamente, pero la cortina quedó moviéndose. Permanecemos en silencio, casi que conteniendo la respiración. Me asomé de nuevo pero no vi a la señora. Sonó el timbre de la casa. Dudé en abrir, pero finalmente le dije a Emilia que se escondiera debajo de la cama y bajé las escaleras. Al abrir la puerta, me encontré con la señora. Era una mujer alta de pelo castaño y corto, sus uñas estaban pintadas de negro y llevaba gafas oscuras. Su cara se veía metálica por el protector que tenía en la superficie de la piel; dos filtros pequeños le cubrían las fosas de la nariz. Los dos hombres estaban parados al lado de la furgoneta.

—Hola, soy Patricia Malatesta. Trabajo para el gobierno. Estoy buscando a una niña que vive al frente de tu casa... Se llama Emilia Conforte. ¿La conoces?

—Sí, vive enfrente, pero no somos amigos.

—Bien, veo...

Desde la puerta miró hacia adentro de mi casa inspeccionando. Los zapatos de Emilia se encontraban todavía en el zapatero de la puerta y su traje de aislamiento colgaba del perchero.

—¿Tus padres se encuentran?

—Vivo solo con mi madre. Salió temprano a trabajar. Trabaja en el Ministerio, en la División de Aprovechamiento Social.

—¿Nombre de tu madre?

—Anastasia Coleman.

Revisó una lista en su tableta.

—Bien, veo... Avísanos si ves a tu vecina, es importante. Por cierto, ¿esos zapatos son de tu madre?

—Sí, sus favoritos.

—Bien, veo... Es pequeña tu madre.

Me entregó una tarjeta donde aparecía su nombre y un número de teléfono. Se alejó de la puerta y se dirigió hacia la furgoneta. Intercambió algunas palabras con los hombres y miraron hacia mi puerta. Después se subieron a la furgoneta y se pusieron en marcha. Levanté la mano despidiéndome.

La alacena está vacía y solo queda una sopa de fideos que dividimos para los dos. Nos sentamos uno al frente del otro y comemos en silencio. El pelo le descuelga por la cara y un mechón cae dentro del plato. Se limpia con la mano. Veo cómo su cubierto va lentamente a la boca. No sé qué comeremos cuando lleguemos a la última cucharada. Tampoco nos quedan pastillas de Vitamun. Terminamos y recogemos los platos. Voy a la pantalla y encuentro un nuevo mensaje desde Betha Yucali. Mi padre me dice que me extraña, que por unos días dejará de comunicarse porque realizarán ajustes en todos los sistemas de la nave. No me aclara por cuánto tiempo estará incomunicado. Me pide que no me preocupe y que ayude a mi madre en todo. Le envía saludos. Al final del mensaje aparece Kukiko. Me dice que me ha hecho un muñeco en origami. Es un humano con las piernas y los brazos extendidos. Lo acerca a la cámara por un momento. Se ve muy preciso en sus dobleces. Lo suelta y lo deja flotar. Da vueltas y gira aleatoriamente hasta que lo vuelve a atrapar en su mano.

Bajo al primer piso y busco la tarjeta que me ha dado Malatesta. Los humanos podemos durar hasta setenta días sin comer, solo a punta de agua. Se sabe de personas que han durado incluso un

año meditando. Bajan su metabolismo al mínimo, como hacen las ballenas para ahorrar oxígeno y llegar a grandes profundidades. No creo durar ni media semana sin comer. También he visto imágenes de personas muriendo de hambre. Su piel recubre sus huesos como un pergamino arrugado, sin nada de carne. Sus ojos se ven gigantescos y sus panzas se hinchan. Emilia llega a la sala y me encuentra con el teléfono en la mano. Marco el número. Cuando voy a hablar, veo por la ventana que algo se mueve allí afuera. Es un zorro rojo que camina en medio de la calle.

—Aló, sí. ¿Qué necesita?...

Más atrás, dos zorros más pequeños caminan jugueteando con algo que han escarbado en las basuras. El cielo se ve muy claro. Han pasado las lluvias.

—Aló, sí, ¿quién habla?...

El zorro se detiene un momento y me mira. No sabría precisar si es el padre o la madre de los zorros. No parece asustarse con mi presencia. Dejo el teléfono descolgado y abro la puerta. Los zorros pequeños me miran y salen corriendo hacia el zorro grande. Emilia está a mi lado, se pone los zapatos. Salimos de la casa y los seguimos.